

ETNOGRAFÍA, ARCHIVOS Y EXPERTOS.

Apuntes para un estudio antropológico del pasado reciente

GASTÓN JULIÁN GIL

DOCTOR EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL POR LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MISIONES (UNAM).

INVESTIGADOR ADJUNTO DEL CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y

TÉCNICAS (CONICET) Y DOCENTE DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL

DE MAR DEL PLATA, ARGENTINA

gasgil@mdp.edu.ar

Resumen

El abordaje etnográfico sobre el pasado reciente plantea una serie de cuestiones relevantes sobre los fundamentos metodológicos de una investigación antropológica. Si bien son escasas las posibilidades de realizar un trabajo de campo convencional que privilegie el *aquí y ahora*, el investigador tiene a disposición una cantidad importante de material empírico sobre el cual desarrollar una aproximación etnográfica. En este caso, una investigación referida a la constitución del campo de las ciencias sociales en la Argentina en los años 60 y 70 permite —además de las entrevistas— trabajar intensamente en diversos archivos, como por ejemplo los de una universidad o los medios de comunicación, junto con la posibilidad de analizar textos paradigmáticos de época.

PALABRAS CLAVE: etnografía, archivos, reflexividad

ETHNOGRAPHY, ARCHIVES AND EXPERTS. NOTES FOR AN ANTHROPOLOGICAL STUDY OF THE RECENT PAST

Abstract

A scientific approach to the recent past involves a series of relevant questions about the origins of anthropological research. The possibilities of developing a conventional fieldwork focusing on the here and now are scarce. However, researchers have a good amount of empirical evidence on whose basis they can work from an ethnographic point of view. In this case, a research project about the constitution of the field of social sciences during the 60 and the 70 in Argentina enables us (along with the interviews) to work intensively with different archives, for example those belonging to a university and some mass media, and to analyze paradigmatic texts of the period.

KEY WORDS: ethnography, archives, reflexivity

Revista Colombiana de Antropología

Volumen 46 (2), julio-diciembre 2010, pp. 249-278

INTRODUCCIÓN

Una investigación etnográfica sobre el pasado reciente obliga a poner en práctica una serie de variados recursos metodológicos que exceden con amplitud las ortodoxias disciplinares. En efecto, la posibilidad de desarrollar una etnografía sobre eventos pasados coloca al investigador frente al dilema de apelar a técnicas de recolección de datos más ligadas a otras disciplinas, como la

historia, y a poner en práctica un trabajo de campo multidimensional en donde las categorías convencionales (como *casa* y *campo*) parecen perder relevancia. La investigación¹ que se lleva a cabo no contiene mayoritariamente experiencias de campo convencionales que puedan reclamar de

1. La investigación en cuyo marco se gestó este artículo contó con financiamiento de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica, ANPCyT, a través de los subsidios PICT, 2006, N° 1728 (Proyecto Tipo Redes; *Antropología social e histórica del campo antropológico en la Argentina, 1940-1980*) y PICT, 2007, N° 00253 (*Ciencias sociales, revolución y transformación de la sociedad. Militancia y universidad en la Argentina de los 60 y 70*).

forma prioritaria la autoridad etnográfica experiencial del *aquí* y *ahora*. Por el contrario, se nutre en gran parte de los recuerdos de aquellos protagonistas que formaron parte de distintas experiencias político académicas en la Argentina de los años 60 y 70. Pero de manera más detallada —y allí es donde la etnografía de archivos ocupó una posición central— se ha considerado el caso particular de una carrera de antropología que entre 1969 y 1977 se dictó en una universidad del interior de la Argentina, la por aquel entonces Universidad Provincial de Mar del Plata. Esa carrera presenta una serie de singularidades que son dignas de remarcar, no solo por constituir la primera ocasión en la que se impuso en todo el país un plan de estudios hegemonizado por la antropología social. Por el contrario, en otros espacios universitarios como la Universidad de Buenos Aires, la carrera inaugurada en 1959 (con sus especialidades en folklóre, arqueología y etnología) ofrecía muy poco espacio para el desarrollo de la antropología social, en sus diversas matrices *metropolitanas* (Guber, R. y Visacovsky, S., 1999). En otras carreras del interior del país, esta subdisciplina corrió suerte diversa. En La Plata, en un programa enmarcado en la Facultad de Ciencias Naturales, antropología social era apenas una materia a partir de la que muchos de los estudiantes de la segunda mitad de los 60 construyeron luego destacadas carreras profesionales. En el caso de Rosario (de forma similar que Córdoba), como señala E. Garbulsky (2004), las temáticas y problemáti-

cas vinculadas con la antropología social provinieron del contacto con otras disciplinas, como la historia social, la economía y, por supuesto, la sociología, además del significativo aporte desde la arqueología de A. R. González.

En líneas generales, la antropología argentina de mediados del siglo XX estuvo dominada por corrientes humanistas y arqueológicas, en las que cobraron preeminencia los enfoques difusionistas de la antropología alemana. Una serie de profesionales extranjeros (como el italiano J. Imbelloni y el famoso arqueólogo austriaco O. Menghin) adquirieron una fuerte presencia en el campo antropológico local y dejaron poco espacio para el desarrollo de las matrices disciplinares británica, norteamericana y francesa. Con el tiempo, los principales referentes que adhirieron mayormente al *Kulturhistorische Methode* serían cuestionados, además, por sus ideologías políticas, tildados de reaccionarios y fascistas. Recién a mediados de los años 60, jóvenes graduados de diversas universidades argentinas y algunos postgraduados en universidades extranjeras, introducirían las perspectivas más modernas de la antropología social en el país, en un contexto en el que esta disciplina acompañó el proceso de radicalización política de las ciencias sociales en la Argentina. El *estilo* (Cardoso de Oliveira, R., 1995) dominante de la carrera de antropología de Mar del Plata se caracterizó por una manera particular de entender la práctica antropológica, vinculada en gran parte a una serie de recaudos ideológicos y morales sobre la investigación disciplinar (Gil, G. J., 2006). Se trató de un proyecto que, altamente politizado, desarrolló herramientas analíticas orientadas hacia una postura crítica, en especial al colonialismo y a la problemática del destino de los datos de las investigaciones etnográficas (y de las ciencias sociales en general). De forma casi unánime, los estudiantes se identificaron plenamente con su formación y pese a la interrupción del vínculo institucional, los graduados que permanecieron en el mundo académico reivindicaron por completo la filiación con su padre intelectual (E. Menéndez, radicado luego en México) pese a la dificultad de establecer vínculos concretos (por ejemplo, en programas de investigación) que vayan más allá del reconocimiento explícito de la continuidad genealógica.

Además de lo estrictamente disciplinar, aquella “aldea”² permitió leer muchas de las situaciones que envolvieron al país y se constituyó en una po-

2. En el famoso ensayo *La descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura*,

☛ C. Geertz planteó que “el lugar de estudio no es el objeto de estudio” (Geertz, C., 1997, p. 33), destacando que los antropólogos no estudian aldeas sino *en* aldeas, colocando con maestría los alcances que, en clave metafórica, poseen los estudios intensivos de caso para comprender procesos de mayor alcance, ya que “uno puede estudiar diferentes cosas en diferentes lugares” (Geertz, C., 1997, p. 33). Claro está que ello plantea la dificultad, correctamente señalada por A. Kuper (2001), de tratar lo que ocurre en una pequeña ciudad poscolonial como todo un microcosmos de ese país. En ese sentido, A. Kuper destaca en relación a una explicación que C. Geertz propuso sobre una serie de matanzas masivas en Indonesia, que “las interpretaciones locales de los terribles eventos podían ser auxiliares en el mejor de los casos, y redundantes en el peor” (Kuper, A., 2001, p. 116) aunque “era consciente de estas fuerzas externas, pero su marco analítico no podía abarcar la interacción entre política internacional, nacional y local” (Kuper, A., 2001, p. 16). Ello remite indudablemente a “los límites de un análisis cultural de la política” (Kuper, A., 2001, p. 117).

del movimiento político mayoritario (con la consiguiente inestabilidad política) y una radicalización ideológica, en especial en la juventud y en sectores intelectuales. En ese marco global, se generaron proyectos político académicos que quedaron sepultados por sus propias inconsistencias internas y por un proceso que desembocaría en una represión estatal y paraestatal generalizada a mediados de la década del 70, con el terrorismo de Estado como punto culminante. Institucionalizadas en medio de un clima cultural de ideas modernizadoras pero enmarcadas en una política nacional caracterizada por las concepciones sesgadas y restrictivas de la democracia, con proyectos pendularmente desarrollistas, populistas o autoritarios, las ciencias sociales se encontraron a mediados de los 70 en un callejón sin salida. Ese trayecto obturado estaba marcado por sus propias discusiones desmovilizantes (Gil, G. J., 2009b) y el terror de Estado que se impondría desde los propios estertores del gobierno democrático de María Estela Martínez (1974-1976) y alcanzarían niveles inimaginables a partir del 24 de marzo de 1976.

Por ende, la investigación en la que se enmarca este artículo está vinculada con el pasado traumático de la Argentina, definido a partir del terrorismo de Estado, más allá de que se refiera

sible vía de acceso para describir cómo los sueños generacionales se estrellaron contra una realidad que no solo no dejaría lugar a las utopías de “liberación nacional” y “patria socialista”, sino que tampoco permitiría que proyectos más modestos, como una consolidación disciplinar, pudieran llegar a buen suceso (Gil, G. J., 2008 y 2009a). Entonces, la mirada está puesta en la historia de las ciencias sociales en la Argentina durante casi dos décadas, focalizada en algunos de los proyectos académicos y políticos que fueron concebidos en una época signada por un acelerado proceso de *modernización* cultural, la proscripción

prioritariamente a antropólogos cuyas trayectorias se pretende objetivar en complejos procesos que envuelven no solo sus narrativas personales y profesionales. Como se detallará más adelante, si bien el trabajo de campo se desarrolla parcialmente en circunstancias convencionales, la mayoría de los datos se obtienen en contextos de investigación que se mezclan con tareas del trabajo cotidiano, que obligan a analizar de forma detallada las relaciones establecidas con los protagonistas de esas historias, interlocutores que pueden aparecer “meramente” como informantes pero que también fluctúan entre los roles de comentaristas, saboteadores y hasta coautores. Por supuesto, estas líneas introductorias impactan contra otra problemática solidariamente unida: los criterios de clasificación del pasado (Visacovsky, S., 2007). Sea reciente, próximo, familiar, contemporáneo, cercano, ello remite a las operaciones taxonómicas de la historiografía y a cierta naturalización acerca de un supuesto corte tajante entre *lo pasado* (tomado como *efectivamente pasado*) y el presente. Por ello, si partimos de una noción de pasado (reciente) como una *categoría híbrida* (Visacovsky, S., 2007), es necesario admitir que “dentro de nuestras aparentemente seguras y confiables concepciones del tiempo, hay todavía lugar para la controversia clasificatoria” (Visacovsky, S., 2007, p. 279). Y aunque el carácter actual del “pasado” sea un rasgo indeleble de cualquier contexto histórico, nos enfrentamos en este caso a “un pasado en permanente proceso de ‘actualización’ y que, por lo tanto, interviene en las proyecciones a futuro elaboradas por sujetos y comunidades” (Franco, M. y Levín, F., 2007, p. 31). Porque esos relatos están atravesados por la propia historia política de un país que, convulsionado por los sueños de revolución nunca concretados, se encaminó hacia un callejón en el que la represión de Estado desbarató sueños personales y colectivos y, en este caso, afectó de manera notoria el desarrollo de una disciplina científica como la antropología.

LAS HERRAMIENTAS SOBRE EL TERRENO

Claramente, el recurso de la entrevista aparece como una herramienta metodológica clave en el abordaje etnográfico del pasado reciente. De ese modo, es posible delimitar un universo

de informantes vinculados de la manera más directa posible con el recorte analítico de la investigación y concebir una práctica etnográfica sustentada en la colección de narrativas. El trabajo etnográfico siempre ha estado caracterizado por su alta dimensión narrativa, tanto en la exposición textual del antropólogo como en el tipo de datos recolectados sobre el terreno. Nuestros interlocutores tienen historias para contar y en los momentos oportunos esas historias fluyen y componen un material etnográfico indispensable. El trabajo de campo nos enfrenta de manera permanente a relatos que por lo habitual tendemos a naturalizar sin prestar especial atención a su carácter pragmático. Es decir, nuestros interlocutores nos cuentan historias, que pueden ser relatos biográficos (propios y ajenos), narrativas alegóricas, clichés narrativos, recuerdos fragmentados, argumentos, metáforas, informaciones, descripciones, todo dentro de esa compleja trama de “desencuentros” (Clifford, C., 1995) que en ocasiones es el trabajo de campo. Así, pueden tratarse de relatos de carácter poético, plagados de figuras retóricas que evocan poderosas

imágenes mentales que, en casos como este pasado trágico de la Argentina, pueden derivar en complejas estilizaciones.³ A partir de ellas, fluyen mitos, arquetipos y reconstrucciones de época que dan cuenta de las concepciones nativas sobre el pasado que se formulan desde el presente. Esas narrativas pueden

3. En su cuestionamiento al discurso oficial en torno al terrorismo de Estado, C. Altamirano lo califica como “la más elemental y sobrevuela toda complicación respecto del pasado” (Altamirano, C., 2007, p. 33), dado que “la interpretación que el gobierno transmite estiliza la militancia de los años 70 y borra, por medio de esa estilización, no solo a los partidos armados de la época, sino la guerra intestina dentro del peronismo, la Triple A, en fin, todo aquello que fue degradando la vida pública nacional antes del golpe de Estado” (Altamirano, C., 2007, p. 33).

además ordenarse en un dispositivo argumentativo, a través del cual los interlocutores no solo despliegan sus puntos de vista y apreciaciones conceptuales sobre el pasado en cuestión, sino que pueden intentar convencer al investigador de que también él mismo puede ser transformado en un objeto de reflexión por sus nativos. En ciertas circunstancias, los nativos consiguen ubicar con rapidez al investigador dentro de sus propios esquemas clasificatorios (sobre todo en lo ideológico) y pueden establecer una relación en términos de discusiones político-ideológicas. En la misma sintonía, J. L. Peacock y D. C. Holland proponen una manera específica de encuadrar las historias de vida, que se modifican de acuerdo con las circunstancias y el contexto en que se cuentan, ya que el sujeto nunca desaparece en el discurso.

De este modo, además de considerar las historias de vida como fuentes de datos (como lo hace la historia oral cuando opta por una aproximación *factual*) se plantea la posibilidad de utilizar un enfoque *subjetivo*, es decir, tomar las narrativas que emanan del sujeto como una proyección de sus dinámicas y disposiciones psicológicas. De este modo, “la narración es solo un dato relevante para aprender acerca de la realidad y lo que pueda tener de significativa la narración en sí misma es secundario a la realidad externa” (Peacock, J. L. y Holland, D.C., 1993, p. 369). Existen además otros modos de entender las historias de vida, como el enfoque *procesual*, que considera las narraciones como datos primarios de procesos sociales y psicológicos. Y también la visión *hermenéutica*, que las concibe como productos de encuentros, como una co-construcción, entre quien quiere conocer y quien da a conocer sus relatos sobre el pasado. De este modo, más que tomar las narrativas como secuencias cronológicas de hechos verdaderos resulta prioritario analizar las perspectivas (actitudes, valores, creencias) de quien relata en su inmediato “escenario narrativo, histórico y social” (Gee, J. P., 1991, p. 20).

El trabajo con informantes trae una serie de inconvenientes que han sido reconocidos por la antropología desde hace tiempo (Hermitte, E., 2002) y que se sobredimensionan cuando se establecen estos vínculos de investigación con sujetos “expertos” o incluso militantes orgánicos (derechos humanos, partidos políticos). Claro está que toda información proporcionada al investigador puede ser *distorsionada* para influir en el producto de trabajo, como también ser *dramatizada*, sobre todo por parte de reformadores que pretenden *denunciar* aspectos y *cambiar* la sociedad. La manipulación por parte de los informantes puede cobrar la forma de la *negación* a proporcionar cierta información, o incluso de *racionalización* (y, por ende, *ocultamiento*) de ciertas formas de conducta que son públicamente inaceptables o hasta que *falseen* la información para servir a metas personales. También puede darse el caso de que los informantes estén habituados al trabajo del antropólogo y preparen lo que desean transmitirle al investigador. En este tipo de contextos vinculados con la memoria social y política, resulta usual que muchos interlocutores se adscriban en militancias y causas de las que no formaron parte activamente. Así, se han podido registrar casos puntuales de estudiantes de los años 70 que ocultan su participación en determinadas organizaciones políticas y en ocasiones intercam-

bían su militancia en otras que en la actualidad se consideran más “políticamente correctas”. Del mismo modo, otros actores ocultan en las situaciones de entrevistas o en sus intervenciones públicas un pasado laboral (por ejemplo, haber trabajado en la universidad durante el proceso militar) que se contrapone con sus posicionamientos políticos actuales.

Aunque, como ya se ha destacado, cualquier investigación etnográfica corre estos riesgos, el trabajo sobre un pasado reciente traumático los hace aun más evidentes, dada las continuas luchas e intentos explícitos de imponer un *régimen de memoria* (Crenzel, E., 2008). En efecto, por más impuestas que puedan quedar las memorias colectivas, como señala M. Pollak, por la acción de grupos sociales e instituciones a partir de “un trabajo especializado de encuadramiento” (Pollak, M., 2006, p. 28), los consensos sociales y la “perennidad” nunca están garantizados. Porque:

si destacamos esa característica fluctuante, mutable, de la memoria, tanto individual como colectiva, debemos recordar también que en la mayoría de las memorias existen marcos o puntos relativamente invariables, inmutables. Todos los que ya realizaron entrevistas de historias de vida perciben que, en el transcurso de una entrevista muy larga, donde el orden cronológico no es necesariamente obedecido y donde los entrevistados vuelven varias veces sobre los mismos hechos, hay en esas reiteraciones sobre determinados períodos de la vida, o sobre ciertos hechos, algo de invariante. (Pollak, M., 2006, p. 34).

Por ello, más que entrevistas en el sentido reducido y esquemático del término, aquellos encuentros dialógicos —y en ocasiones polifónicos— pueden transformarse en discusiones (amigables y no tanto), debates teóricos y políticos sobre nuestro pasado, que hacen aflorar las categorías nativas fundamentales de la racionalidad de nuestros sujetos de estudio. En esta negociación, en el *toma y daca* (Clifford, G., 1995) que implica el trabajo de campo, las categorías nativas fluyen como marcas indelebles de los sistemas de representaciones de nuestros informantes y, muchas veces, se aplican al propio investigador que, cuando asume una postura contraria a la de sus interlocutores, puede ser estigmatizado, cuestionado o *chicaneado* por sujetos que también nos estudian y formulan reflexiones sobre nuestra tarea, los alcances de la investigación y nuestras aptitudes mo-

rales para permanecer en el campo. En efecto, el investigador es puesto a prueba permanentemente por sus sujetos de estudio, quienes miden —sobre todo al principio de la investigación— si un sujeto es digno de confianza, si no es un actor peligroso que, como indicó un frustrado informante, quiera “sacar los trapitos al sol”. El trabajo con informantes —que, como se verá, son mucho más que eso— no solo se realiza en situaciones convencionales de entrevistas, sino en contextos de mucha mayor informalidad generados en ocasiones de forma aleatoria.

Las características salientes de cualquier antropología “en casa” (Archetti, E., 1999; Strathern, M., 1987) provocan que los contextos de investigación difuminen por completo las categorías de casa-campo o nativo-outsider (Motzafi-Haller, P., 1997), tan caros a la ortodoxia antropológica. Al no establecer un corte temporal y geográfico en la experiencia etnográfica, el investigador nativo se enfrenta a la sensación de hacer trabajo de campo todo el tiempo, desarrollando eventualmente una “frecuentación profunda” (Clifford, J., 1999). Así, un programa de televisión, una reunión social o cualquier otro encuentro casual (cumpleaños, paseos, etc.) puede transformarse en una experiencia de campo valiosa, mucho más que las situaciones convencionales de entrevista. El campo está repleto de historias para ser contadas. Se trata de ir a buscarlas, de establecer los vínculos propicios para que esas narrativas fluyan y se puedan incorporar a una investigación. Y así, “en la corriente búsqueda de voces auténticas, es importante reconocer la existencia de múltiples voces nativas, coloreadas por la posición social, su ubicación y su género” (Reed-Danahay, D. E., 1997b, p. 142). En el trabajo de campo se establecen vínculos en los que se genera una confusión donde los límites entre ser “nativo” y ser “extraño” se presentan de manera difusa y contradictoria a cada momento. Por eso, para intentar superar esas zonas grises se hace necesario generar las situaciones para acceder a las competencias metacomunicacionales de los interlocutores y así poder definir con precisión las distintas situaciones comunicacionales, los contextos adecuados para la proliferación de historias, las relaciones de jerarquía y de poder y las diversas instancias de producción de sentido. Lo importante es apelar a collages de testimonios, abordados como textos interculturales, no para pretender lograr mayor autenticidad sino para proponer miradas distintas que permitan romper con la dicotomía del

4. P. Motzafi-Haller (1997) descarta la utilidad de mantener antinomias tales como nativo-extraño tan comunes en el análisis antropológico. Esta autora, mediante la confrontación de sus experiencias como antropóloga “en casa” en Israel y como *outsider* en el sur de África, demuestra que las categorías de nativo o extraño son superfluas y confusas, dado que “todos somos, investigadores y sujetos, productos de nuestra historia y cultura” (Motzafi-Haller, P., 1997, p. 217) por lo que, por ejemplo, las situaciones experimentadas de opresión llevan a escribir de manera crítica y poner en escena el compromiso social y político con respecto al “objeto”. Entonces, no tendría sentido —de acuerdo con esta perspectiva— discutir la mayor legitimidad o no del antropólogo “nativo”, sino las conexiones entre la posición social e histórica del investigador y el tipo de agenda de investigación y la manera en que utiliza sus fundamentos teóricos. De esta manera, importaría más el compromiso social del investigador “nativo” antes que su origen.

estatus de ser *insider* o *outsider* (Warren, 1997).⁴ En concreto, en una investigación de este tipo, se interactúa con diversos interlocutores que ocupan posiciones diversas en, por ejemplo, el campo académico. Algunos de ellos se encuentran en condición —como de hecho ocurrió— de evaluadores de la producción científica de un autor —como en este caso— que analiza experiencias académicas de las que ellos formaron parte y que además son relevantes en la construcción narrativa de sus propias trayectorias como antropólogos.

ETNOGRAFÍA Y ARCHIVOS

Junto con estas labores etnográficas dialógicas, el estudio del pasado reciente necesita de un intenso trabajo de archivo. En el caso tratado aquí, sobre el nacimiento, desarrollo, desmantelamiento y destrucción de la carrera de antropología en la entonces Universidad Provincial de Mar del Plata, el análisis de los distintos actos administrativos de un entorno institucional como el de esa institución permitió acceder a un panorama bastante preciso de los lineamientos políticos dominantes y del contexto sociopolítico de un país convulsionado, que se encaminaba a experimentar un proceso de represión de Estado sin precedentes. En ese sentido, puede afirmarse que:

la noción de archivo está íntimamente ligada a la idea de mantener o preservar los rastros del pasado. A menudo, también, traspasar un papel u objeto al archivo significa que se trata de algo ligado a la historia, al pasado, que ha dejado de ser pertinente para el presente “vivo”. Esta idea del archivo como lugar de las cosas muertas, sin embargo, debe ser cuestionada profundamente y en varios planos (Jelin, E., 2002, p. 1).

Un lugar común en los análisis retrospectivos de la dictadura militar —y también de muchos otros procesos del pasado— es concebir los tiempos históricos como rupturas precisas a partir de cuya emergencia puede establecerse un antes y un después discriminados con claridad. En esa sintonía, se suele considerar que el proceso militar inauguró una etapa de represión y persecución de distintas fuerzas sociales (militantes de las organizaciones políticos-militares, partidos políticos progresistas, intelectuales, artistas, miembros de organizaciones sociales, académicos, trabajadores) que produjo un corte abrupto en una sociedad que asistió desprevenida e indefensa a la furia militar. Sin embargo, el análisis de los distintos cuerpos de resoluciones y ordenanzas de los órganos de gobierno de la Universidad de Mar del Plata permite identificar una relativa continuidad de las políticas de Estado en referencia a la educación superior. Por supuesto, se encuentran cambios profundos (por ejemplo, las intervenciones en 1973 y el propio golpe de 1976) pero esos eventos no fueron sino catalizadores de procesos previos que desembocaron en etapas de mayor aceleración de cambios que ya se estaban produciendo (Gil, G. J., 2008).

La ortodoxia disciplinar ha excluido por lo general los archivos y otras fuentes escritas como espacios de búsqueda etnográfica a causa de la supuesta pobreza narrativa y etnográfica, la aparente artificialidad, la tendencia a ocultar las voces ausentes y también por el carácter oficial. El trabajo etnográfico con archivos remite además a otras épocas de la antropología (de sillón) o a otras disciplinas (la historia), lo que de alguna manera sería la antítesis del verdadero trabajo de campo (Gomes da Cunha, O. M., 2004). De todos modos, algunos antropólogos clásicos sí mostraron tempranamente las posibilidades de un diálogo fluido de la antropología con la historia. Tal es el caso de E. E. Evans-Pritchard quien pese a haber sido formado en la atmósfera funcionalista que priorizaba los aspectos sincrónicos de la cultura, consideraba que la especificidad antropológica se debía nutrir de la historia, y en particular “la historia social, la historia de las instituciones, de las culturas y de las ideas” (Evans-Pritchard, E. E., 1990, p. 23). Por ello, E. E. Evans-Pritchard sostenía que un antropólogo que escribiera “acerca del desarrollo en el tiempo de una sociedad” (Evans-Pritchard, E. E., 1990, p. 18), debería plasmarlo en una etnografía “en lo esencial” similar al libro de un historiador social. Y como ejemplo daba su propia investiga-

ción *The Sanusi of Cyrenaica* (Evans-Pritchard, E. E., 1954), para la que, por ejemplo, había trabajado con intensidad con archivos y fuentes históricas. El otro ejemplo paradigmático —y tomado también de una tradición *metropolitana*— se refiere a los estudios del “carácter nacional” que en el marco de la escuela de *Cultura y personalidad* (liderada por R. Benedict) se fijaron como objetivos el estudio de las sociedades “complejas”, fundamentalmente de aquellas naciones “enemigas” en tiempos de la segunda guerra mundial. Bajo esos parámetros, el planteamiento de los “estudios a distancia” gestado en el contexto de la guerra requería “una ‘adaptación’ metodológica” (Goldman, M. y Neiburg, F., 2002, p. 89) en la que:

el antropólogo, impedido de cumplir la rutina tradicional de un largo período de observación participante en el campo, debía ahora entrevistar inmigrantes, analizar productos artísticos como novelas y películas elaborados en otros países. O examinar materiales vehiculizados en los medios de comunicación, con la intención de acceder a esos universos culturales siempre acompañados por el adjetivo nacional (Goldman, M. y Neiburg, F., 2002, p.189).

En la actualidad, estrategias metodológicas de este tipo ya son mucho más habituales y se suele aceptar sin demasiados inconvenientes la importancia de trabajar sobre diversas fuentes escritas, materiales documentales y relatos ficcionales, incluidos algunos de ellos en “grandes tradiciones” (Archetti, E., 1994, p. 11), en especial en los mundos contemporáneos. Pero más allá de esta amplitud metodológica, debe destacarse que, de todos modos, el trabajo sobre archivos implica una labor etnográfica tan rica como compleja, sobre todo en este caso cuando esos materiales se encuentran en diverso estado de organización y con marcadas dificultades para acceder a ellos. Más allá del extrañamiento propio de relacionarse con las lógicas institucionales de una universidad como la de Mar del Plata, el contacto con los documentos oficiales de una casa de estudio nos enfrenta a un material empírico tan valioso como insustituible. O. M. Gomes da Cunha define a los archivos como “un sistema de enunciados, verdades parciales, interpretaciones construidas histórica y culturalmente constituidas —sujetas a lecturas y nuevas interpretaciones” (Gomes da Cunha, O. M., 2004, p. 292). Por ello, también puede coincidir en que los archivos remiten a formas de “seleccionar, ordenar y acumular documentos y testimonios, de dejar improntas en un

lugar material (estantes, cajones, salas, exposiciones) en el que se guardan papeles, sellos, fotografías y otros objetos, dispuestos como un concentrado o condensación de la memoria del Estado, de una institución, grupo o individuo” (Da Silva Catela, L., 2002, p. 20). Por definición, los archivos de las instituciones del Estado, como lo son las universidades nacionales, son públicos. Sin embargo, para acceder a ellos deben penetrarse algunos vericuetos administrativos, conseguir las autorizaciones sin saber en algunos casos quiénes son aquellos que tienen la potestad de abrir o cerrar esos caminos de investigación. Como en el magnífico *Ante la ley* de Kafka, el hombre común depende de los guardianes para ser admitido dentro de los cuerpos legales y debe armarse de una paciencia lo suficientemente flexible como para, incluso, jamás ser aceptado. Pero una vez que se traspasan esas barreras administrativas y se consigue la autorización formal, el investigador debe interactuar con los actores que son los que en efecto permitirán, o no, realizar el trabajo de documentación del modo previsto, esto es, los empleados de esas oficinas vinculadas con estos acervos documentales. En general, estos empleados están muy poco habituados a que esos documentos sean consultados y los primeros contactos están repletos de sorpresa, incomodidad y, en algunos casos, hasta desconfianza. Además, las oficinas públicas en las que se encuentran esos archivos tampoco están preparadas para que un agente externo utilice ese material y la llegada del investigador no hace más que traer incomodidad a empleados que sufren cotidianamente la falta de espacio. Pero una vez que el “intruso” se transforma en una *mal necesario*, esas mismas personas que reciben apesadumbrados la presencia del investigador, terminan convirtiéndose en perfectos intermediarios para sortear otro tipo de trabas administrativas, consiguiendo un pasaje rápido en zonas antes vedadas. Son ellos los que resuelven dudas, los que nos guían en nuestros criterios de búsqueda y nos alertan acerca de la existencia de documentación que no habíamos previsto. Además, la presencia cotidiana del investigador lleva a establecer hasta relaciones amistosas con esos empleados, se involucren estos o no en la lógica de la investigación que se lleva adelante. Las labores en los archivos se vieron notablemente enriquecidas por la colaboración plena de los empleados administrativos, que con solo abrir una puerta y colocar una caja sobre una mesa posibilitaron el acceso a material documental que de otro modo no habría resultado sencillo de hallar.

Por fortuna, la universidad ha conservado en muy buen estado los documentos originales, pese a que algunos de ellos se encontraban en lugares insólitos. En ese sentido, como señala E. Jelin:

en el camino entre los papeles y documentos del presente y el archivo para la historia hay órganos y poderes que tienen en sus manos la decisión de qué guardar y qué destruir, basándose en consideraciones de lo que es “importante” o tiene “valor” o en la intención de no dejar rastros “comprometedores” ligados a algo que no se quiere que la posteridad se entere (Jelin, E., 2002, p. 2).

Esos documentos, entre otras cosas, dan cuenta de procesos, sucesos y posicionamientos de los actores, por lo que en su momento fueron utilizados políticamente como un criterio de demarcación entre, por ejemplo, aquellos que “colaboraron” con la dictadura militar (quienes usufructuaron o adquirieron nuevos cargos de gestión en la universidad) y aquellos que se mantuvieron al margen de la represión llevada a cabo en las universidades. Así, por ejemplo, tras la restauración democrática de 1983 en Argentina, estudiantes nucleados en una agrupación gremial de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata revisaron minuciosamente los actos administrativos a partir del golpe militar de marzo de 1976 para impugnar a aquellos docentes que hubieran tenido cargos directivos y que pretendieran presentarse en los nuevos concursos que se planificaban. De ese modo, esos materiales pueden ofrecer el sustento para “un sistema de sanciones y censuras” (Pollak, M., 2006, p. 76) en un contexto institucional. Pero sobre todo, las “verdades” documentales de los archivos amenazan la autoridad que se autoarrogan los “guardianes de la verdad”. Por ello, una investigación de este tipo, al amenazar en transformar el mito en historia, constituye una amenaza concreta a la pervivencia de una estructura mítica que se constituye en la acción cotidiana y allí encuentra su continuidad (Toren, C., 1988). Al romper con la autoridad de la palabra que dispone una “comunidad de sufrimiento” que exige el silencio del otro como signo máximo de la obediencia, estas búsquedas sobre el pasado reciente consiguen alterar una concepción de un pasado flexible a la manipulación ideológica (Augé, M., 1974) en torno a la que cualquier fundamentación escrita y sostenida empíricamente provocaría la estabilidad del pasado (Gil, G. J., 2010).

Los actos administrativos de una universidad como la de Mar del Plata en una época tan convulsionada como la década del 70 proporcionan material muy rico, que permite apreciar —al menos parcialmente— de qué manera las políticas nacionales se plasmaban en la educación superior. Así, es posible advertir con facilidad cómo las distintas ordenanzas y resoluciones de la Facultad de Humanidades se cargaban de extensos considerandos que marchaban en sintonía con los lineamientos políticos dominantes del último año de gobierno peronista (1975), previo al golpe de Estado. Las universidades habían ingresado en un proceso de intervenciones tendientes a revertir los lineamientos que habían dominado en las casas de estudio entre 1973 y 1974, cuando los sectores de izquierda del peronismo tenían bajo su control el área de educación superior, lo que se conoció como la *universidad nacional y popular*. Por ende, las nuevas resoluciones estaban cargadas de fundamentos tendientes a dejar explícitos los nuevos vientos que soplaban en la política nacional. Por ejemplo, en la Facultad de Humanidades, una resolución de decanato (N° 345) del 7 de agosto de 1975, se refería a “la deformación que ha sufrido la enseñanza universitaria a causa del abuso que se ha hecho de ideas y teorías ajenas a nuestra cultura nacional”. El funcionario dejaba ver su posición también contra los “personajes inescrupulosos, traficantes de ideologías” que abogaban por la “deformación de nuestro ser nacional”. En los considerandos de la resolución el decano normalizador cuestionó los “años y años de prédica liberal, marxista, anarquizante y siempre contrarios a los altos intereses de la Nación”.

Lo mismo puede apreciarse con las limitaciones (figuras administrativas que implicaban el despido) a los docentes que cumplían tareas en los últimos años. Las distintas resoluciones en la facultad muestran un ritmo jamás visto de reemplazo del cuerpo docente desde 1975 hasta principios de 1976. Un mes antes del golpe militar de marzo de ese año, el nuevo decano de Humanidades (que se mantendría varios meses en su cargo después del golpe de Estado) estimaba, en relación a la actuación docente de los años anteriores, que

se ha podido constatar que, cuantiosos años de desorganización académica habían hecho olvidar al docente universitario su condición de servidor público, necesariamente subordinado a una disciplina y limitado en sus aspiraciones vocacionales individuales

por los objetivos superiores de la institución a la que sirven y que se expresan concretamente en los proyectos de la conducción, los planes de actividades, estudios e investigaciones y las estructuras y las jerarquías que a tal fin se implementan.

Pese a que los antecedentes de los docentes que ocupaban los cargos eran sensiblemente inferiores a quienes renunciaban o directamente eran limitados en sus funciones, los actos administrativos contenían apelaciones recurrentes a aspectos tales como la excelencia y la calidad de los profesores, además de recursos como la desorganización y el caos imperantes en otras épocas.

Estos materiales permiten además una estrecha interacción con los informantes, quienes a través de esos documentos pueden ejercitar la memoria, recuperar expresamente episodios y personajes olvidados. En ese contacto con los documentos crudos que dan cuenta de algunas “verdades históricas” y las reformulaciones de la propia memoria de los protagonistas surgen aspectos centrales y profundos de un período histórico ya de por sí complejo, “caótico”, repleto de asuntos polémicos y a veces difíciles de encontrar. Los archivos son, en efecto, el resultado de una serie de intervenciones técnicas y “actividades supuestamente *naturales* de clasificación, ordenación e institución de marcadores temáticos y cronológicos” (Gomes da Cunha, O. M., 2004, p. 289). Los archivos transforman, además hacen accesible una parte del pasado para las futuras generaciones (Dirks, N., 2001) y cada vez más la antropología dirige su interés hacia este tipo de fuentes documentales diversas (Da Silva Catela, L., 2007). Aunque no necesariamente guarden secretos, incluyen marcas, señales, inscripciones, indicios que exigen una compleja tarea interpretativa. Entonces, al involucrar múltiples temporalidades se convierten “en territorios donde la *historia* no se busca sino que se contesta” (Gomes da Cunha, O. M., 2004, p. 291). J. Comaroff y J. Comaroff (1992) consideran que los archivos son dialógicos, en términos bakhtinianos, destacando la capacidad de combinar géneros y dar lugar a voces variadas y a una heteroglosia histórica y cultural, además de que permiten observar las fracturas en grupos que en principio parecen ser homogéneos. De ese modo:

una etnografía histórica, entonces, puede comenzar al construir su propio archivo. No puede contenerse con cánones establecidos de evidencia documental, porque son en sí mismos parte de la cultura

del modernismo global —tanto el sujeto como el medio de búsqueda. Como antropólogos, entonces, debemos trabajar tanto dentro como fuera de los registros oficiales, tanto con y más allá de los guardianes de la memoria en las sociedades que estudiamos (Comaroff, J. y Comaroff, J., 1992, p. 34).

A medida que se avanza en la búsqueda de esos archivos se descubren puntas de investigación, las hipótesis previas se despedazan ante la evidencia irrefutable y la investigación adquiere su propio ritmo y camino. Como suele ocurrir en cualquier investigación antropológica, el terreno puede guiarnos en nuestras búsquedas, nos pone límites y tiene la capacidad de enseñarnos la complejidad del mundo social. Si bien el objetivo de esta investigación no está dirigido a establecer una “historia verdadera” sobre lo que de manera muy preliminar podemos denominar “la antropología de Mar del Plata”, la apelación a los hechos históricos se hace estrictamente necesaria para confrontarlos (no en el sentido de oponerlos) con las narrativas de los propios actores que recuerdan y que protagonizaron una época tan compleja como rica y a la vez trágica y frustrante. En efecto, es posible dialogar con esos documentos, encontrar alteridades, posicionamientos discursivos e ideológicos, descubrir voces en apariencia ocultas y por supuesto realizar hallazgos empíricos relevantes que pueden cambiar los objetivos de una investigación. Como se mostró en un ejemplo anterior, los documentos analizados permitieron detectar continuidades institucionales en donde el sentido común histórico y los relatos de muchos protagonistas identifican rupturas tajantes. Tanto en ocasión del golpe de Estado de 1976 como en otros sucesos relevantes de la política nacional (por ejemplo con el regreso del peronismo al poder en 1973), existían lineamientos adoptados en las universidades estatales argentinas que se mantuvieron, aunque se intensificaron notoriamente (sobre todo el terrorismo de Estado desde 1976). Además, algunos nativos que colaboraron en el trabajo de archivo pusieron a prueba sus recuerdos, confrontándolos con sus propios esquemas temporales. Fue por demás usual que estudiantes de aquella carrera de antropología comprobaran que habían clasificado muchas de sus vivencias en lapsos temporales más amplios de los que luego podían probar en los archivos. Así, experiencias militantes y académicas que no superaban en ocasiones los dos años eran percibidas como procesos mucho más amplios, de hasta cinco años, dando cuenta de los modos

de percepción del tiempo y, con seguridad, de sensibles diferencias en el vértigo de las experiencias juveniles en los años 70 en comparación en la actualidad.

MÁS APUNTES REFLEXIVOS

En este artículo se hace necesario plantear conceptualizaciones acerca de las características del trabajo de campo, la relación con los sujetos de estudio y ciertas cuestiones generales del conocimiento antropológico. La apelación a estos aspectos de la reflexividad no está dirigida a alimentar algunas tendencias narcisistas del postmodernismo, su objetivo fundamental radica en aprovechar los entretelones de la experiencia etnográfica para aspirar así a un mejor conocimiento de esos “otros” que se busca comprender. En concreto, la reflexividad no se utiliza aquí como una excusa para realizar una antropología autorreferencial ni para caer en los vicios posmodernos de cuestionar la validez de la autoridad etnográfica y el conocimiento proporcionado por el investigador. La reflexividad se toma como un punto de partida para el análisis de la manera en que los datos son recolectados en el campo y los modos en que la presencia del investigador en el terreno condiciona la obtención del material empírico. En ese marco, los procesos de recepción por parte de los nativos deben considerarse como una parte constitutiva de la investigación de campo. La llamada antropología “en casa” introduce al investigador en el problema de la continuidad cultural entre lo que él mismo produce y lo que producen sus “objetos” de estudio. Esta situación se entrelaza con una labor por demás ardua para cualquier antropólogo: explicarle a los informantes qué es exactamente lo que hacemos, cuáles son nuestros objetivos y qué buscamos con nuestro trabajo. De esta forma, los textos antropológicos pueden pasar a ser discutidos por los mismos sujetos de los cuales se habla. Esta continuidad cultural hace que algunos actores se consideren expertos a sí mismos y condenen cualquier pretensión ajena de hablar sobre ellos cuando no se reproducen los discursos de sentido común utilizados para explicar las acciones propias. En referencia a esta problemática, K. Paerregaard (2002) señala que la esencialización del etnógrafo hace que algunas de nuestras posibilidades en el campo se

limiten. Los nativos pueden construirnos como una amenaza e incluso sentir incomodidad y temor por nuestra presencia. En oposición a los sentimientos de temor, intimidación y ansiedad —que suelen provocar efectos paralizantes en el etnógrafo— los nativos también pueden intentar cooptar y manipular al etnógrafo según objetivos personales y grupales, desarrollando la seducción etnográfica (Robben, A. C. G. M., 1995), concretada en el marco de pedidos de colaboración e incluso de complicidad. La seducción etnográfica es el intento de manipulación del etnógrafo, que puede verse envuelto en una competencia entre facciones por imponer su verdad, su versión sobre los hechos a partir de estrategias variadas tales como la persuasión o la conciliación para ganar el favor del etnógrafo.

Como sostiene J. Van Mannen (1988) las etnografías se escriben teniendo en mente audiencias específicas que se apoyan en las competencias, expectativas y actitudes supuestas que nuestros lectores tienen. En general, la audiencia principal de nuestros productos etnográficos está formada por los expertos (colegas, profesores, referentes de la disciplina), lectores generales de antropología, lectores de otras ciencias sociales (por ejemplo, historiadores y sociólogos), los estudiantes de la disciplina, la audiencia masiva y, por supuesto, los nativos, los sujetos de estudio que pueden estar en condiciones de acceder a ese material producido e, incluso, discutirlo. Este último es tal vez uno de los desafíos más importantes para la antropología, en especial para una disciplina poco acostumbrada a sufrir los controles de los nativos. Favorecer una apertura textual de las etnografías pone a los autores ante riesgos y severos controles por parte de la audiencia. Junto a ello, crece la posibilidad de que aparezcan tergiversaciones, malos entendidos y hasta interpretaciones tendenciosas y malintencionadas (cuestión de la que no están exentas tampoco las lecturas “académicas”). Por ello, la “popularización” de los textos etnográficos, en su acepción no peyorativa, implica un verdadero desafío para cualquier científico social que entienda que la simplicidad en la exposición no se opone a la profundidad en el análisis. En ese sentido, S. Glazier (1993) sostiene que los textos antropológicos tienen la capacidad —como cualquier otro discurso— de alcanzar audiencias inesperadas y asumir significados no anticipados en lugares no planeados, por lo que aboga por considerar esos impactos en recepción como una parte integral del mismo proceso de investigación. Todas

estas circunstancias, algunas planeadas y otras coyunturales, favorecen de un modo puntual el desarrollo de una *antropología pública*, definida por L. Lassiter (2005) como una superación de la antropología aplicada y el activismo político. Esta clase de antropología permite entonces el desarrollo de una *etnografía colaborativa*, que postula una estrecha colaboración entre el investigador y los sujetos de estudio en la producción de los textos etnográficos, contemplando también la posibilidad de trasladar esa colaboración incluso al proceso de escritura. El mismo L. Lassiter (2005) es partidario de involucrar a los informantes de la forma más directa posible, con la coautoría como punto máximo de colaboración entre informantes e investigador. En esta sintonía, la propia historia de la antropología cultural norteamericana no puede desligarse de esta colaboración estrecha entre el investigador y el informante y/o intérprete. El caso de F. Boas y el nativo kwakiutl George Hunt —quien llegó a firmar en colaboración algunos artículos— o la relación de L. H. Morgan con diversos organismos gubernamentales y no gubernamentales (en especial el Bureau de Etnología Norteamericana) constituyen claras muestras de que estamos en presencia de procesos que son constitutivos del conocimiento antropológico y que no son descubrimientos postmodernos o feministas. También en el contexto francés, dos autores utilizaron entre 1920 y 1930 este recurso dialógico de manera explícita: M. Griaule y M. Leenhardt. M. Griaule, en consonancia con la tradición francesa de trabajo de campo con escaso número de informantes plasmó, en *Dieu d'eau*, de forma magistral las posibilidades que brinda una interacción tan fluida con un nativo calificado de los dogon (Mali), a través de sus conversaciones con Ogotemeli. Aunque quedó excluido de la genealogía oficial de la antropología francesa, el misionero protestante M. Leenhardt (1878-1954), a partir de sus más de 20 años entre los kanak de Nueva Caledonia, trabajó sistemáticamente con estos informantes calificados, que denominó *transcriptores*. Esta característica de dialogar con actores sociales con nombres propios y caracteres personales distintivos, junto con sus relativas críticas hacia el sistema colonial, constituyen toda una marca de estilo que se anticipó notoriamente a su época (Viola Recasens, A., 1987).

L. Lassiter (2005) aboga por una verdadera *etnografía colaborativa*, que cuando se encara con seriedad es mucho más que un reconocimiento burocrático, más que una mera representación

del diálogo y más bien colaboración multidimensional que involucra directamente a los públicos con los que tratamos. Del mismo modo, el desarrollo de las nuevas tecnologías de información y comunicación, en particular internet, facilita en gran medida los intercambios entre los investigadores y el público, favoreciendo la relevancia de un género etnográfico como el comentario. A través de esos soportes informáticos, los nativos tienen allí la posibilidad de leer y expresarse, lo que enriquece mucho la tarea del etnógrafo. J. Fabian (2002) considera que se trata de una situación nueva por completo que conlleva un cambio radical de los documentos etnográficos, al plantear modificaciones en el acceso que además pueden afectar notoriamente la escritura etnográfica. El mismo autor entiende que de este modo se reconfiguran las posiciones de autoría y audiencia, con lo que se modifican las formas de escribir. En ese sentido,

el significado de los comentarios como un género descansaría en su capacidad de darle forma literaria a aspectos de la escritura etnográfica que en el pasado habían tenido que permanecer como subliterarios, principalmente a causa de las limitaciones prácticas y gráficas que ya no se aplican en el medio electrónico de Internet (Fabian, J., 2002, p. 778).

Esto desafía por supuesto la autoridad etnográfica y pone en crisis cierta noción de fundamentalismo textual que rodea la etnografía.

ENTRE COLABORADORES Y SABOTEADORES

Varias personas, sin haberlo planificado, ocuparon el papel de informantes y, sobre todo, colaboradores. En algunos otros casos, la colaboración de los nativos expertos permite incluso hacer referencia a un proceso de coautoría. Por ejemplo, un alumna de aquella carrera de antropología, Cecilia, además de ofrecerme su disponibilidad plena para hablar de los 70 me acompañó en todos los pasos de investigación, proveyéndome material, ayudándome en las búsquedas en archivos, señalándome nombres relevantes en esos procesos que aparecían en los archivos y que yo desconocía, contactándome con nuevos informantes, sugiriendo hipótesis de trabajo y líneas de investigación, publicitando mis

hallazgos y hasta defendiendo la pertinencia de la investigación. No fue el único caso, por supuesto. Otra de sus antiguas compañeras, Alcira, también fue una colaboradora plena e incluso me hizo sugerencias analíticas que aproveché. Mi conjetura inicial acerca de la inexistencia de conexiones genealógicas a partir de la carrera de antropología de Mar del Plata, se modificó en gran medida a causa de esas observaciones. Ella tampoco se privó de sostener la legitimidad de mi trabajo cada vez que fue cuestionado y sigue siendo —al igual que Cecilia— parte activa de esta investigación en curso, en la medida que su memoria —como también la de otros informantes— recupera episodios, relaciones y procesos que pueden llegar a interesarme para profundizar en una las etapas más complejas y fascinantes de la historia política argentina. Otros “históricos” —algunos residen fuera de Mar del Plata— también prestaron colaboración plena, tanto en mis primeros acercamientos vía correo electrónico como en el momento de las entrevistas, de igual modo que los profesores, la mayoría de ellos hoy actores relevantes del campo antropológico argentino. En ese sentido, los momentos de entrevista con aquellos interlocutores bien dispuestos han sido experiencias sumamente productivas. Las maneras en que los rostros y las miradas se modificaban a medida que los recuerdos afluían, que aparecían nombres ya olvidados —algunos recuperados por mí desde los archivos— momentos alegres y otros trágicos, permitió comenzar a comprender la enorme complejidad y ambigüedad de una época de sueños de revolución nunca concretados, de consecuencias personales y colectivas trágicas, de pérdidas irreparables, pero también de alegrías, de frivolidades y de traiciones. La mención de nombres que hacía décadas no escuchaban y que creían haber expulsado de sus recuerdos (por ejemplo, algunos profesores que preferirían haber olvidado) o la narración de sucesos más o menos gratos y de otros de carácter trágico (en especial alumnos y compañeros desaparecidos) transforman la labor del etnógrafo en una búsqueda de balancear cuidadosamente las propias inquietudes conceptuales y empíricas con los sentimientos, conflictos internos y hasta necesidades de ejercer catarsis de muchos testigos de época. Ha sido por demás habitual que ciertas reticencias iniciales —en general adjudicadas a la falta de tiempo para destinarle a una entrevista antropológica— se transformaran en invitaciones a seguir conversando en el futuro y, de un modo muy especial, en un deseo de acceder a los futuros resultados de

la investigación. Estimo que más por curiosidad que por temor a lo que pueda publicarse —y mucho menos como amenaza— unos de esos profesores, al darse cuenta de las historias que me había confiado me preguntó: “¿Qué vas a hacer con todo esto?”

S. Visacovsky (2005) ha reflexionado acerca de los avatares en recepción cuando el investigador escribe sobre cuestiones que tocan profundamente la sensibilidad de las personas, sus “fibras íntimas”. Basándose en B. Malinowski (1998), Visacovsky analiza las “historias sagradas” que, equiparadas a los mitos primitivos, constituyen relatos vivos de un alto contenido moral que tienen la capacidad inclusive de controlar nuestra conducta. En efecto, en su caso —las memorias sobre El Lanús, un famoso servicio de psiquiatría en Argentina— como en el propio, se trata de historias con un alto grado de mistificación, significativas para muchos actores que no tienen intenciones de reabrir las. Además ambas historias están cruzadas por las memorias del terrorismo de Estado. De allí que varios actores de la época se hayan expresado contrarios a mi investigación, desarrollando una franca oposición hacia la intrusión de “aquellos que no la vivieron” y pretenden asumir la palabra. A tal punto que hasta recibí acusaciones tales como: “Vos como que te estás apropiando de la historia”. El mismo actor de época (graduado de esa carrera de antropología) expresó incluso que “me jode que se quieran objetivar nuestros sentimientos”, destacando además que “a mí no me la contaron”. Como se describió más arriba, el problema de “sacar los trapitos al sol” se justificó en afirmaciones tales como “con nuestra historia no se jode”. Por ello, es importante cuestionarse el modo en que el trabajo del etnógrafo irrumpe en un determinado orden moral y al tratar con “historias sagradas” enfrenta un “acto de secularización y desencantamiento que podría ser leído más propiamente como un cuestionamiento a sus vidas, sus trayectorias o sus instituciones” (Visacovsky, S., 2005, pp. 278-279). En el caso concreto de esta investigación, tampoco es un campo sencillo ya que, entre otras cosas, está repleto de sabotajes. Muchos protagonistas, que son colegas⁵ y en ocasiones se sienten competidores, se niegan a hablar, otros llegan incluso a poner en duda la pertinencia epistemológica y hasta moral de desarrollar una investigación de estas características. El sabotaje por parte de algunos nativos es

5. En esta investigación se ha interactuado con colegas antropólogos con los que, más allá de las diferencias generacionales (20 años con los que estudiaron en los años 70) se comparten espacios institucionales y, como en el caso de una de las interlocutoras más colaborativas, la misma instancia de trabajo en una cátedra.

un asunto de vital importancia para el trabajo etnográfico, en especial en los mundos contemporáneos en los que el etnógrafo puede encontrar a nativos como expertos o diferentes sujetos que pretenden alcanzar ese rango. Claro está que no se trata de un tema nuevo para la antropología, aunque no haya sido analizado explícitamente por los clásicos. En ese sentido, las menciones de E. E. Evans-Pritchard acerca de la actitud de los nuer “que frustran toda clase de esfuerzos para deducir los hechos más simples y para aclarar las prácticas más inocentes” (Evans-Pritchard, E. E., 1997, pp.24-25) en comparación con la plena predisposición de los azande constituye una referencia ineludible. Así como algunos “históricos” de aquella carrera de antropología de la década del 70 se dedicaron en algunos casos a cuestionar y sabotear la investigación, otros dieron muestras de colaboración prácticamente incondicional. Los recursos explicativos utilizados para rechazar la propuesta de ser ubicados como informantes variaron según

6. Un análisis más detallado de la lógica del “sabotaje” y los posicionamientos enunciativos de los “saboteadores” fue realizado en otro trabajo (Gil, G. J., 2010). Las posiciones en el campo académico local y la autoridad invocada a partir de ser “históricos” y dueños de una “trayectoria” resultaron claves en la actitud adoptada frente a la investigación.

las épocas y los interlocutores circunstanciales,⁶ aunque con el transcurrir de la investigación algunos de aquellos “protagonistas” que se negaban a recordar pidieron ser incluidos entre los entrevistados. Esta “vigilancia ejercida con respecto al pasado”

(Visacovsky, S., 2005, p. 294) transformaba entonces mi investigación en un peligro evidente al estar planteada la posibilidad de instituir una versión propia sobre los 70, dado que “la fe en las versiones depende de estas reglas o marcos de plausibilidad pública; por lo tanto, los agentes deben no solo postular interpretaciones que sirvan a sus intereses presentes, sino también hacerlas admisibles” (Visacovsky, S., 2005, p.300).

Aunque no estoy en condiciones de prever el impacto que mis escritos — algunos ya publicados y otros en vías de publicación— sobre la carrera de antropología de Mar del Plata tendrán en muchos de ellos, estas “historias sagradas” que se analizan parecen estar destinadas a provocar sensaciones encontradas, casi con seguridad adversas gran parte de ellas. Sin embargo, coincidido plenamente en que “este camino no es necesariamente el del observador frío e imparcial, *voyeurista* solidario con otros *voyeuristas* lectores; es el camino de quien, sintiendo el temor que acarrea comprender el valor y la importancia de las “historias

sagradas” propias y ajenas, no esquivo el desafío de escribir sobre ellas, aunque conozca sus posibles consecuencias” (Visacovsky, S., 2005, p. 309). Esto último enfrenta al etnógrafo a la dificultad de representar esa complejidad bajo el riesgo de ser acusado de frivolar procesos de sufrimiento colectivo y caer en etiquetas tales como “reaccionario” o “cómplice de la derecha”. De ahí que se dude en transcribir testimonios que no son “políticamente correctos” de informantes que, decididos a escaparle a los lugares comunes de los ejercicios de memoria, plantean confesiones como ésta: “...Y... Si en aquella época no venías de militar en un barrio, eras un boludo”. Esta investigación obliga a tomar entonces una serie de recaudos especiales teniendo en cuenta los procesos de recepción de diversos públicos (el campo académico, las organizaciones de derechos humanos, organismos oficiales) y eventuales represalias por el contenido de los artículos. Pese a esos recaudos, que involucraron la circulación de los materiales a publicar entre los sujetos de estudio, uno de los primeros artículos publicados de este trabajo produjo un sensible malestar en uno de los antropólogos involucrados por la mención de un dato de militancia política que consideró inoportuno publicar. Ocurre que los 70 y la represión ilegal de Estado constituyen una temática de plena vigencia en la opinión pública y suele ser abordada desde posiciones que no admiten lecturas matizadas que den cuenta de las ambivalencias de ciertos procesos históricos y de la enorme complejidad de una época que no se puede explicar por la existencia de *dos demonios*, pero tampoco de uno sólo.⁷ En Argentina no parece haber más de tres opciones posibles que reproducir la *teoría de los dos demonios*, elaborar una defensa del accionar represivo del Proceso Militar o realizar una apología de las organizaciones político-militares y de otras formas de militancia social y política ligadas directa o indirectamente con aquellas. Esto plantea el dilema de enfrentarse a un campo tan polémico y que roza tantas susceptibilidades como el de la memoria colectiva en Argentina en cuanto al riesgo de dejar de ser un ciudadano “aceptable” (Visacovsky, S., 2005) y caer en acusaciones con una carga moral degradante, asociándolo con los

7. Tras la restauración democrática de 1983, el discurso oficial bajo la presidencia de Raúl Alfonsín cuestionó con severidad la represión ilegal del Estado, en el marco de un sostén político para el enjuiciamiento de las cúpulas militares responsables de esa violencia estatal y paraestatal. Sin embargo, dentro de esa condena global a la violencia política, las organizaciones político-militares fueron identificadas como las fuerzas agresoras al orden estatal que deberían haber sido combatidas legalmente y no de la manera en que lo hicieron los militares argentinos.

enemigos de siempre (los *fachos*, por ejemplo). Esta investigación toca ideologías e identidades importantes en las que, como en el Lanus, “fue construida a partir del recuerdo de actos trágicos entrelazados con el pasado nacional, como si fuese un episodio de la memoria sobre el terrorismo de Estado” (Visacovsky, S., 2005, p. 288). También la carrera de antropología tiene sus desaparecidos, sus exiliados, sus muertos durante la represión y sus sobrevivientes. Esta clase de situaciones nos suele enfrentar a “la frontera entre lo decible y lo indecible, lo confesable y lo inconfesable [en permanente tensión con] coyunturas favorables o desfavorables a las memorias marginadas [...], clandestinas [...], inaudibles [...], subterráneas” (Pollak, M., 2006, p. 24), no siempre enmarcadas dentro de lo “políticamente correcto” y con pocas posibilidades de reivindicación.

CONCLUSIONES

El pasado reciente, sobre todo cuando involucra temáticas de alta conflictividad social, enfrenta al investigador a una serie de tareas y reflexiones que habitualmente no se presentan frente a “objetos” más convencionales. En este caso, las décadas del 60 y del 70 y la historia del campo disciplinar al que pertenece el investigador, derivan en una serie de situaciones expresamente (y otras potenciales) conflictivas que obligan a tomar recaudos precisos en los procesos de recepción por parte de los “nativos”. Lejos de ser una problemática que se vincule exclusivamente con la práctica antropológica, toda aproximación disciplinar a esta clase de “objetos conflictivos” estimula la necesidad de aplicar enfoques reflexivos que permitan una adecuada comprensión de las situaciones planteadas en el campo. Desde una aparentemente apromática etnografía de archivos hasta la interacción estrecha con “nativos” que pueden fluctuar en sus roles de saboteadores o coautores, se han intentado plantear y analizar en este artículo las principales problemáticas de una investigación etnográfica multi-dimensional que atenta contra un importante número de dogmas de la ortodoxia disciplinar. Esta antropología histórica “en casa”, encuentra además una serie de vínculos con otras tradiciones disciplinares, de las que se nutre para intentar elaborar de una mejor manera sus herramientas teóricas y metodológicas, pero

que también discute con ellas. Esto no debe interpretarse como una postura escéptica ni como un subjetivismo. Todo lo contrario, implica hacer transparentes las condiciones de conocimiento en las ciencias sociales. Por lo tanto, plantear una ciencia social que ponga en escena las determinaciones sociales de la investigación permite operar con libertad dentro de las determinaciones de las que son objeto y producir un conocimiento riguroso, como una “toma de conciencia potencialmente liberadora” (Bourdieu, P. y Wacquant, L. J. D., 1995, pp. 156-157). Lo que se busca es un rigor que por parte, indefectiblemente, de esclarecer cómo se lleva a cabo la investigación social cuando existe un vínculo sólido entre el investigador y los sujetos de la investigación. De esa manera, la reflexividad se postula como una instancia necesaria para pensar los avatares del trabajo de campo, pero también como una herramienta analítica más para encontrar y descifrar las categorías nativas en el campo y acceder de esa forma a un mejor diálogo con las categorías analíticas utilizadas.

REFERENCIAS

- ALTAMIRANO, C. (2007). Pasado presente. En Lida, C., Crespo, H. y Yankelevich, P. (comps.). *Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de Estado*. (pp. 17-33). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- ARCHETTI, E. (1999). *Masculinities. Football, Polo and the Tango in Argentina*. Oxford-New York: Berg.
- AUGÉ, M. (1974). *Théories des pouvoirs et idéologie*. Paris: Hermann.
- BOURDIEU, P. y WACQUANT, L. J. D. (1995) *Respuestas. Por una antropología reflexiva*. México: Grijalbo.
- CARDOSO DE OLIVEIRA, R. (1995). Notas sobre una estilística da antropología. En Roberto Cardoso de Oliveira, R. y Ruben, G. R. (orgs.) *Estilos de antropología*. (pp. 177-189). Campinas: Editora da Unicamp.
- CLIFFORD, J. (1995). *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*. Barcelona: Gedisa..
- CLIFFORD, J. (1999). *Itinerarios transculturales*. Barcelona: Gedisa.
- COMAROFF, J. y COMAROFF, J. (1992). *Ethnography and the Historical Imagination*. Boulder and Oxford: Westview Press.
- CRENZEL, E. (2008). *La historia política del Nunca Más. La memoria de las desapariciones en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- DA SILVA CATELA, L. (2002). Territorios de memoria política. Los archivos de la represión en Brasil. En Da Silva Catela, L. y Jelin, E. (comps.). *Los archivos de la represión: Documentos, memoria y verdad*. (pp. 15-84). Buenos Aires: Siglo XXI.
- DA SILVA CATELA, L. (2007). Etnografía de los archivos de la represión en la Argentina. En Franco, M. y Levín, F. (comps.). *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Buenos Aires: Paidós.
- DIRKS, N. (2001). *Castes of Mind: colonialism and the making of modern India*. Princeton: Princeton University Press.
- EVANS-PRITCHARD, E. E. (1949). *The Sanusi of Cyrenaica*. Oxford: Clarendon Press.
- EVANS-PRITCHARD, E. E. (1990). *Ensayos de antropología social*. Madrid: Siglo XXI.
- EVANS-PRITCHARD, E. E. (1997). *Los nuer*. Barcelona: Anagrama.
- FABIAN, J. (2002). Virtual Archives and Ethnographic Writings. *Current Anthropology*, 43 (5), 775-786.
- FRANCO, M. Y LEVÍN, F. (2007). El pasado cercano en clave historiográfica. En Franco, M. y Levín, F. (comps.) *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. (pp. 31-65). Buenos Aires: Paidós.
- GARBULSKY, E. (2004). La producción del conocimiento antropológico-social en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional del Litoral, entre 1955-1966. Vínculos y relaciones nacionales. *Cuadernos de Antropología Social*, 20, 41-60.
- GEE, J. P. (1991). Memory and Myth: A Perspective on Narrative. En Mc Cabe, A. y Peterson, C. (eds.). *Developing Narrative Structure* (pp. 1-26). Hillsdale, New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates Publishers.
- GEERTZ, C. (1997). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- GIL, G. J. (2006). Ideología, represión e investigación de campo. La carrera de antropología de Mar del Plata. *Anuario de Estudios en Antropología Social*, 3, 53-73.
- GIL, G. J. (2008). Una experiencia universitaria “frustrada”. Persecución y represión antes del golpe en la Universidad de Mar del Plata. *Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, 20-21, 91-119.
- GIL, G. J. (2009a.). La facultad que no fue. Las ciencias sociales en la Universidad de Mar del Plata (1968-1977). *Propuesta Educativa*, 31, 81-89.
- GIL, G. J. (2009b). Imperialismo, academia y fundaciones filantrópicas. La Fundación Ford y las universidades argentinas en la década del

- sesenta. *XII Jornadas Interescuelas, Departamentos de Historia*, Universidad Nacional del Comahue, Bariloche, 28-31 de octubre.
- GIL, G. J. (2010). Ethnography Among 'Experts': Notes on Collaboration and Sabotage in the Field. *Qualitative Research*, 10 (1), 49-69.
- GINZBURG, C. (2010). *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- GLAZIER, S. (1993). Responding to the Anthropologist: When the Spiritual Baptists of Trinidad Read What I Write About Them. En Brettell, C. B. (ed.) *When They Read What We Write. The politics of ethnography*. (pp. 37-48). Westport: Bergin & Garvey.
- GOLDMAN, M. & NEIBURG, F. (2002). Da nação ao imperio: a guerra e os estudos do "caráter nacional". En Benoit, L., Neiburg, F. y Sigaud, L. (orgs.). *Antropología, Impérios e Estados Nacionais* (pp. 187-217). Rio de Janeiro: Dumará.
- GOMES DA CUNHA, O. M. (2004). Tempo imperfecto: uma etnografia do arquivo. *Mana*, 10 (2), 287-322.
- GUBER, R. Y VISACOVSKY, S. E. (1999). Controversias filiales: la imposibilidad genealógica de la antropología social de Buenos Aires. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXII-XXIII*, 25-53.
- HERMITTE, E. (2002). 'La observación por medio de la participación'. En Visacovsky, S. y Guber, R. (eds.). *Historia y estilos de trabajo de campo en Argentina*. (pp.263-287). Buenos Aires: Antropofagia.
- JELIN, E. (2002). Introducción. Gestión política, gestión administrativa y gestión histórica: ocultamientos y descubrimientos de los archivos de la represión. En Da Silva Catela, L. y Jelin, E. (comps.). *Los archivos de la represión: Documentos, memoria y verdad*. (pp. 1-13). Buenos Aires: Siglo XXI.
- KUPER, A. (2001). *Cultura. La versión de los antropólogos*. Barcelona: Paidós.
- LASSITER, L. (2005). Collaborative Ethnography and Public Anthropology. *Current Anthropology*. 46 (1), 83- 106.
- MALINOWSKI, B. (1998). *Estudios de psicología primitiva*. Barcelona: Al-taya.
- MOTZAFI-HALLER, P. (1997). Writing Birthright: On Native Anthropologist and the Politics of Representation. En Reed-Danahay, D. E. (ed.). *Auto/ethnography. Rewriting the Self and the Social* (pp. 185-222). Oxford: Berg.
- PAAREGAARD, K. (2002). The resonance of fieldwork. Ethnographers, informants and the creation of anthropological knowledge. *Social Anthropology*, 10 (3), 319-334.

- PEACOCK, J. L. Y HOLLAND, D. C. (1993). The Narrated Self: Life Stories in Process. *Ethos*, 21 (4), 367-383.
- POLLAK, M. (2006). *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Ediciones Al Margen.
- ROBBEN, A. C. G. M. (1995). The Politics of Truth and Emotion among Victims and Perpetrators of Violence. En Robben, A.C. G. M. & Nordstrom, C. (eds.). *Fieldwork under Fire. Contemporary Studies of Violence Survival* (pp. 81-104). Berkeley: University of California Press.
- STRATHERN, M. (1987). The Limits of Auto-anthropology. En Jackson, A. (ed.) *Anthropology at Home* (pp. 16-37). London: Routledge.
- TOREN, C. (1988). Making the Present, Revealing the Past: the Mutability and Continuity of Tradition as Process. *Man*, 23(4), 696-717.
- VAN MANNEN, J. (1988). *Tales of the Field: On Writing Ethnography*. Chicago: University of Chicago Press.
- VIOLA RECASENS, A. (1997). Prólogo. En Leenhardt, M. *Do Kamo. La persona y el mito en el mundo melanesio* (pp. 9-25). Barcelona: Paidós.
- VISACOVSKY, S. (2005). El temor a escribir sobre historias sagradas. Memoria social, moralidad política y audiencias nativas en la Argentina. En Sabina, F. y Soprano, G. (comps.). *Cultura y política en etnografías sobre la Argentina* (pp.271-313). Bernal: Universidad Nacional de Quilmes Editorial.
- VISACOVSKY, S. (2007). Historias próximas, historias lejanas. Usos sociales de las distancias temporales en la organización de las experiencias sobre el pasado: El caso del servicio de psiquiatría del Lanús. En Franco, M. y Levín, F. (comps.) *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. (pp. 279-305). Buenos Aires: Paidós.
- WARREN, KAY B. 1997. Narrating Cultural Resurgence: Genre and Self-Representation for Pan-Mayan Writers. En Reed-Danahay, D. E. (ed.). *Auto/ethnography. Rewriting the Self and the Social*. (pp. 21-45). Oxford: Berg.